

## EDITORIAL

# LA VERDAD SOBRE LA INTERVENCION NORTEAMERICANA EN EL SALVADOR

*La intervención norteamericana en El Salvador es uno de los factores determinantes de lo que está ocurriendo en el país, sobre todo de la guerra que le asola. Conocer la verdad sobre esa intervención, reflexionar sobre ella, es, por consiguiente, una tarea ineludible, si es que queremos ser dueños de nuestro propio destino, si es que queremos conocer lo que realmente está sucediendo y si es que queremos encontrar soluciones. No todo se explica por esta intervención, pero sin ella nada se entiende. Por ello ECA quiere dedicar un número monográfico a esta cuestión, precisamente ahora cuando la Administración Reagan se apresta a poner en marcha lo que pudiera denominarse el inicio de su ofensiva final.*

*En primer lugar, tratamos de analizar en qué estado se encuentra ahora la intervención norteamericana, la cual ha entrado en una nueva fase, en la que se pretende resolver lo que no ha podido ser resuelto en dos años y medio, durante los cuales se ha ido empeorando paulatinamente la situación. En segundo lugar, se estudia ese empeoramiento en lo militar, en lo económico y en lo político con la mayor objetividad posible, pues son tres aspectos fundamentales en los que se puede medir la operatividad y eficiencia de la intervención norteamericana tal como ha sido llevada hasta ahora. En tercer lugar, se plantea la estrategia general del FMLN-FDR, pues es esta alianza el antagonista principal del intervencionismo norteamericano; sólo conociendo la capacidad de resistencia y de avance del FMLN-FDR puede calcularse cuáles serán los efectos previsibles en un futuro inmediato. En cuarto lugar, se investiga sumariamente cuál es la reacción de distintos sectores sociales salvadoreños ante el plan norteamericano en lo político y en lo militar; los sectores analizados son la empresa privada, los obreros y campesinos, la Iglesia, las clases medias y profesionales y el pueblo no comprometido; el estudio, sin ser exacto ni exhaustivo, presenta indicios muy apro-*

*vechables, porque esos sectores constituyen una gran parte de la población salvadoreña. En quinto lugar, se presenta la posición del Grupo de Contadora, que va cobrando cada vez mayor fuerza moral y política y finalmente lo que se desprende de la opinión pública europea. En sexto lugar, se intenta un análisis global de lo que es la intervención norteamericana y de los resultados que pueden esperarse de ella, teniendo en cuenta los estudios anteriores que ponen de manifiesto lo que ha dado la experiencia reciente de esa intervención en El Salvador y en el resto del área centroamericana. Una abundante documentación cierra el número para que el lector pueda compulsar algunas de las fuentes principales sobre el tema que aquí nos ocupa.*

*El lector debe recordar y estar consciente de que el punto central del análisis no es la situación global del país, sino la intervención norteamericana. A lo más puede decirse que estudiamos la coyuntura actual del país desde un determinado punto de vista. Esa coyuntura tiene otros aspectos y puede ser enfocada desde otras perspectivas. Pero la intervención tiene tal relieve que merece un análisis detallado, que deberá completarse con otros análisis, pero que tiene de por sí su propia consistencia. El estudio nos ha llevado a una serie de conclusiones razonadas, que quisiéramos exponer en este editorial. Lo que buscamos es decir toda la verdad y sólo la verdad sobre la intervención norteamericana. Creemos que si esta verdad es conocida, ante todo, por el pueblo salvadoreño, pero también por el pueblo norteamericano y por los demás pueblos interesados en el volcán centroamericano, puede hacerse algo para cambiar de rumbo esa intervención que hoy está planteada en términos de muerte y de guerra e incluso puede hacerse algo para que esa intervención deje de ser abusiva para convertirse en honesta colaboración con un país pequeño, pero que nunca podrá salir adelante sin dignidad nacional.*

## **1. El verdadero carácter de la intervención norteamericana**

*Nadie duda del enorme tamaño relativo de la intervención norteamericana en El Salvador que va acelerándose desde enero de 1981 y cuya desaceleración no ha sido prevista antes de 1984, año para el que la Administración Reagan está ya pidiendo 86.3 millones de dólares en ayuda militar y 195 en ayuda económica, cantidades que aumentarán sin duda en caso de que arrecie la guerra. Pero no es la cuantificación económica la medida más*

**La Administración Reagan está haciendo un terrible mal al pueblo salvadoreño, mientras engaña al pueblo norteamericano: es falso que en Centroamérica esté en peligro la seguridad de Estados Unidos...**

*significativa de la intervención, aunque haya superado ya los 1.300 millones de dólares. En efecto, la ayuda es parte esencial de una guerra, que tiene como elemento estratégico el terrorismo, la matanza de civiles, las actuaciones ilegales de los cuerpos de seguridad, todo lo cual se hace con asesoría o permisividad de Estados Unidos. Por otra parte, la ayuda militar y económica permite a la Administración Reagan hacerse con el control de las decisiones fundamentales que toman los políticos y militares salvadoreños, privándole al país de su soberanía: así se impidió que tomaran el poder del Estado quienes ganaron las elecciones de marzo de 1982 para lo cual fue necesario enviar un emisario de Washington, porque la alianza triunfadora no daba la imagen que pretendía Estados Unidos; así se ha determinado cuándo y cómo se van a tener las próximas elecciones que deberán plegarse a lo que es el plan norteamericano para El Salvador; así se ha determinado la estrategia militar y las tácticas consiguientes: cuántos, cuándo y dónde han de ser entrenados los soldados y oficiales salvadoreños; así se ha forzado el cambio de mandos militares en el momento considerado conveniente como se les mantuvo en el poder cuando parecía mejor; así se ha sostenido el proyecto de reformas contra la voluntad de los partidos políticos que en un primer momento fueron mayoritarios en la Asamblea; así se determina si el FDR puede presentarse en la vida política y si va a haber o no algún tipo de negociación con el FMLN; así se fuerza la política exterior salvadoreña para que se pliegue a lo que es más conveniente a Estados Unidos, quedando en lamentable minoría en la Asamblea de las Naciones Unidas junto con los países latinoamericanos más totalitarios y dictatoriales... La opinión pública salvadoreña, así como las fuerzas sociales, económicas, políticas y militares, está persuadida de que nada que interese seriamente a Estados Unidos puede darse en El Salvador contra su voluntad y de que todo lo que Estados Unidos quiera seriamente se hará según el grado de interés que ponga en ello.*

*Desde este punto de vista no sólo se está violando absoluta y abusivamente la soberanía de El Salvador, sino que Estados Unidos se convierte en el responsable principal de la tragedia que se abate sobre El Salvador. Que los salvadoreños permitamos este atropello de la soberanía es ya de por sí una vergüenza nacional, pues nos constituye de hecho en protectorado norteamericano. Pero asimismo esta conducta es algo que debe avergonzar al pueblo norteamericano, que engañado, contribuye indirectamente a que esto ocurra. La Administración Reagan está haciendo un terrible mal al pueblo salvadoreño y lo está haciendo engañando al pueblo norteamericano. La historia ha de-*

**...lo que está en juego únicamente es su hegemonía absoluta colonial y el falso prestigio equivocado de un presidente que busca ser reelegido.**



*mostrado que la injerencia yanqui, lejos de favorecer a los pueblos latinoamericanos, lejos de promover su autodeterminación democrática, les ha situado donde hoy se encuentran muchos de ellos, al haber favorecido regímenes anti-democráticos genocidas (Somoza, militares argentinos y uruguayos, Stroesner, Pinochet, entre otros) y al haberse aliado con sectores oligárquicos que han mantenido en el subdesarrollo y la explotación a las grandes mayorías latinoamericanas. Mala es toda intervención por lo que implica la violación a principios fundamentales del derecho internacional, pero cuando esa intervención es para mantener situaciones injustas mediante medios criminales, su malicia no tiene la más mínima justificación y hace responsables a quienes le perpetran de todo lo que ocurre bajo su patrocinio. El pueblo norteamericano, sin saberlo y engañado, está respaldando con sus votos y sus impuestos una política que va en contra de los principios democráticos que considera esenciales y en favor de conductas y acciones injustas e inmorales. Es falso que en Centroamérica esté en serio peligro la seguridad de Estados Unidos; lo que está en juego únicamente es una hegemonía absoluta de carácter colonial y también el falso prestigio equivocado de un Presidente que busca ser reelegido. La verdadera y razonable seguridad de Estados Unidos en el área centroamericana se está poniendo en peligro por la alocada carrera militarista y por el creciente intervencionismo colonialista, que suscitará en los pueblos centroamericanos la rebeldía que han ocasionado siempre los poderes coloniales.*



*Se habla en la relación Estados Unidos-Centroamérica de un nuevo Vietnam. Con razón, como diremos enseguida. Pero se debe hablar también de un nuevo Watergate en el que está cayendo la Administración Reagan. Efectivamente, la actual política norteamericana respecto de Centroamérica está montada sobre el engaño, sobre la mentira o la media verdad que trae consigo para ocultar las nuevas mentiras y medias verdades. Se habla del peligro; se pretende una cosa y se dice pretender otra muy distinta; se ocultan al Congreso y a la opinión pública todas las acciones sucias que se fomentan o se permiten; se certifica de mejoras en los derechos humanos y de cumplimiento de lo exigido por el Congreso, cuando esas mejoras y ese cumplimiento no eran los que se habían pedido; el Presidente Reagan tiene un discurso ante el Congreso sobre la situación en el área donde los hechos están groseramente desfigurados... El Presidente Reagan no está diciendo la verdad sobre la intervención norteamericana; su política informática oculta realidades de primera magnitud y dice medias verdades, lo cual lleva a la confusión y al engaño. Si no fuera por lo que la prensa norteamericana comunica a su pueblo, éste tendría una imagen distorsionada, producida deliberadamente por los estrategas de la Casa Blanca y del Pentágono. ¿Por qué no se atreven a decir toda la verdad y sólo la verdad? ¿Por qué tienen que amparar operaciones encubiertas, partidas ocultas, si las cosas están tan claras como las expuso el Presidente Reagan en su mensaje ante el Congreso el 27 de abril de 1983?*

*Tres casos ominosos demuestran esta conducta que ya se dio en el anterior período republicano en el Watergate. El primero es el de El Salvador, donde se callan crímenes que alcanzan el número de cuarenta mil, oscureciendo el carácter de los asesinatos con falsas apariencias, se tolera el no enjuiciamiento y condena de evidentes asesinos de ciudadanos norteamericanos para no descubrir a algunos de sus más estrechos colaboradores en la guerra, y se certifican mejoras sustanciales en los derechos humanos sólo para llevar adelante el plan político y militar que se ha trazado y que se llevará a cabo haya o no mejora de los derechos humanos. El segundo es el caso de Honduras a quien se le ha arrebatado toda iniciativa política, se le ha obligado a firmar un tratado de paz con El Salvador que no quería concertar sin condiciones que no han sido cumplidas, se le ha obligado a someterse a los planes norteamericanos de guerra, se le ha exigido la apertura de una base militar para que se entrenen en ella soldados salvadoreños, lo cual se ha hecho inicialmente de modo anticonstitucional pasando por alto la jurisdicción del Congreso Nacional, afrenta que ha tenido que ser corregida de modo precipitado no exento de coacción; todo esto mientras se les dice a los hondureños y al pueblo norteamericano cosas que nada tienen que ver con la realidad de lo que se está haciendo. El tercero es el caso de Nicaragua, contra quien la Administración*

*Reagan ha estado manteniendo operaciones encubiertas, negadas hasta que los periodistas las probaron fehacientemente y ahora de nuevo planteadas engañosamente como destinadas a impedir el flujo de armas nicaragüenses hacia El Salvador, cuando la realidad es que se ha estado armando y entrenando a varios miles de guardias somocistas para derrocar al régimen sandinista de Managua. Se trata de tres casos gravísimos en que la realidad de lo buscado se esconde tras discursos verbales engañosos con el agravante de que, por un lado, se consumen y desvalorizan conceptos fundamentales como democracia, libertad, voluntad popular, etc., y por otro, se cometen atropellos incalificables y se corren riesgos difíciles de controlar, que se ocultan al pueblo centroamericano.*

*Pero la falsedad y el engaño no son lo peor. Junto al síndrome Watergate hay que situar el síndrome Vietnam. Una guerra regional amenaza a Centroamérica según la lógica de los hechos desencadenada por la Administración Reagan, guerra a la que tendrá que concurrir inevitablemente tropa norteamericana, a pesar de los desmentidos reiterados para calmar momentáneamente a la opinión pública norteamericana, mientras se la prepara para el paso definitivo. Tanto la lógica de las premisas reaganianas como la evidencia de los hechos ya iniciados lleva a descubrir tras las nieblas de Watergate la realidad de Vietnam. La cosa es de por sí tan evidente que altas instancias políticas y militares lo ven así unos con temor (Mondale), otros con pragmatismo militar (Meyer). La lógica es la siguiente: hay que detener el avance del comunismo en Centroamérica del modo que sea, siendo éste un principio que se presenta como absoluto; ahora bien, no se puede detener ese avance sin la intervención directa militar estadounidense en El Salvador y Nicaragua, siendo ésta una premisa sustentada en la experiencia de tres años; luego esa intervención se dará, probablemente después de las elecciones en El Salvador y en Estados Unidos.*

*El pueblo norteamericano, los pueblos del mundo y sobre todo los pueblos centroamericanos deben persuadirse de la inevitabilidad de la guerra generalizada en la región, pues Cuba y la URSS no van a quedarse con las manos quietas ante el acrecentamiento de la intervención norteamericana y la consiguiente inevitabilidad del envío de tropas norteamericanas. Si no hay negociación, este involucramiento y extensión son inevitables. Ha habido, en efecto, en estos dos últimos años un alto nivel de ayuda militar, cuyo resultado hasta ahora ha sido el de fortalecer al FMLN; ante este resultado, en los últimos meses se ha tenido que entrar en la nueva fase ya programada de aumentar cuantitativa y cualitativamente el nivel de intervención, que permite hablar ya de una guerra estrictamente tal en El Salvador y en Nicaragua. Para no perder esta guerra y, desde luego, para poderla ganar, la intervención tiene que seguir aumentando y profundizándose, lo cual en su último término lleva a la presencia del*

*ejército norteamericano en el campo de batalla, porque en la guerra ya lo está con más de 200 asesores en el área que dirigen las tácticas de guerra y los servicios de inteligencia. Con los actuales recursos y con los que públicamente programa la Administración Reagan, la guerra no puede sino prolongarse y extenderse. Pero para concluirla victoriosamente en un plazo razonable de tiempo se requiere mucho más y en ese mucho más va inevitablemente incluida la presencia masiva de soldados y oficiales norteamericanos. Si no se emprende el camino de la negociación, sólo queda avanzar por el camino de las armas. La Administración Reagan no puede permitirse no arreglar un problema en que ha comprometido su prestigio y su orgullo, no puede permitir que unos pequeños países a pocos miles de millas, cuya población y fuerza son mínimas respecto a las de Estados Unidos, le hagan frente por mucho tiempo más.*

*Ahora bien esta intervención inevitable sería desastrosa. Ante todo, para el pueblo salvadoreño y para todo el pueblo centroamericano. Ya la prolongación del conflicto en sus niveles actuales está trayendo males gravísimos a El Salvador y Nicaragua, males que tienen horrorizado al mundo y avergonzados a los mejores hombres e instituciones de Estados Unidos. La Administración Reagan debe decir claramente a su pueblo y a nuestros pueblos cuántos muertos considerará suficientes para que quede asegurado su orgullo y su prestigio, incluso su "bienestar". ¿Tendrán que ser cien mil, doscientos mil o trescientos mil más o no importan los números y por tanto no hay que hacer cálculos? ¿Vale la pena distraer impuestos de la edu-*



**El Presidente Reagan no está diciendo la verdad sobre la intervención norteamericana, su política informativa oculta realidades de primera magnitud y dice medias verdades...**



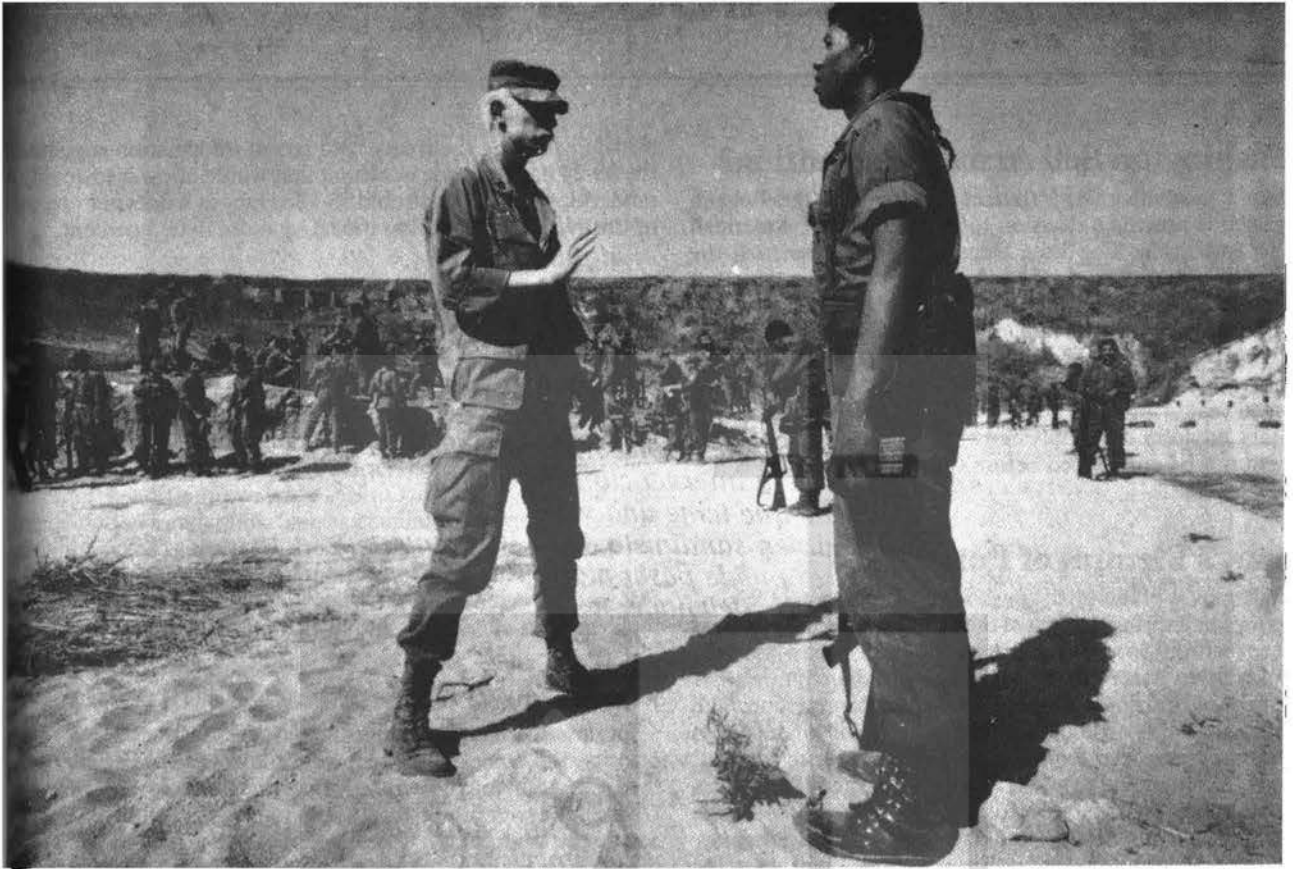
*cación, de la seguridad social para cargar sobre la conciencia norteamericana más muertos de los que causaron las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki? ¿Cuántos cientos de miles tendrán que huir de sus patrias o simplemente desplazarse de su lugar de vida y de trabajo, convertidos hoy por las armas americanas en lugares de muerte y de destrucción? Este uso de la violencia no es, desde luego, responsabilidad exclusiva de Estados Unidos, pero sí es su co-responsabilidad, una corresponsabilidad injustificada que la retórica de Reagan no puede ocultar.*

*Pero si desastrosa es la intervención para los pueblos centroamericanos, lo es también para Estados Unidos, que pone más en peligro su seguridad con la intervención que sin ella. La retórica de Reagan sirve para señalar la importancia del Caribe —mar que no baña las costas de El Salvador—, pero no para probar que la presencia socialista puede poner en peligro la seguridad norteamericana. Si Cuba no lo ha hecho en más de veinte años, ningún otro país o conjunto de países lo podrá hacer de aquí en adelante. En cambio, Estados Unidos pone en peligro su seguridad cuando mantiene una conducta colonial en la zona; pone en peligro su propia seguridad cuando se enajena la voluntad de los países latinoamericanos, forzados a buscar una solución distinta, en nada coincidente con la norteamericana, de modo que va a volver a profundizarse el distanciamiento iniciado con ocasión de la postura norteamericana ante el caso de las Malvinas; pone en peligro su autoridad moral y su sentido de la democracia ante los países de la Comunidad Europea, que ven con horror cómo se alía Estados Unidos con fuerzas represivas y con regímenes genocidas; pone en peligro su credibilidad ante los países del Tercer Mundo que irán a buscar amparo en la otra superpotencia; pero, sobre todo, pone en peligro la unidad del pueblo norteamericano, su honorabilidad nacional que no reside en el uso prepotente de la fuerza, sino en el mantenimiento de valores democráticos, su derecho a vivir en paz primero con su conciencia y luego con la confianza de que sus hijos no vuelvan a ir a una guerra injusta y sucia.*

## **2. Hacia una superación racional y justa del intervencionismo norteamericano**

*Es claro, pues, que este intervencionismo, tal como se da y tal como se plantea, no es, no puede ser aceptable ni para el pueblo salvadoreño ni para el pueblo norteamericano. Ni los salvadoreños podemos permitir un tal intervencionismo ni los norteamericanos pueden permitir una forma tan descarada de colonialismo, que adopta intransigencias comparables a las de África del Sur con su población negra y con el problema de Namibia o, en el otro lado, con la posición soviética en Afganistán o de Vietnam en Campuchea. Con razón un congresista norteamericano ha acusado a la Administración Reagan de adoptar en ca-*





*En los extremos los mismos patrones de conducta que la Unión Soviética. Puede aceptarse que Estados Unidos tenga intereses objetivos y racionales en el área de Centroamérica y el Caribe que deben ser respetados, pero también ha de aceptarse que El Salvador y los demás países del área tienen derecho a la soberanía que les corresponde, tienen el derecho de vivir en paz y tienen el derecho de elegir el régimen de gobierno y aun el sistema socio-económico que mejor les convenga.*

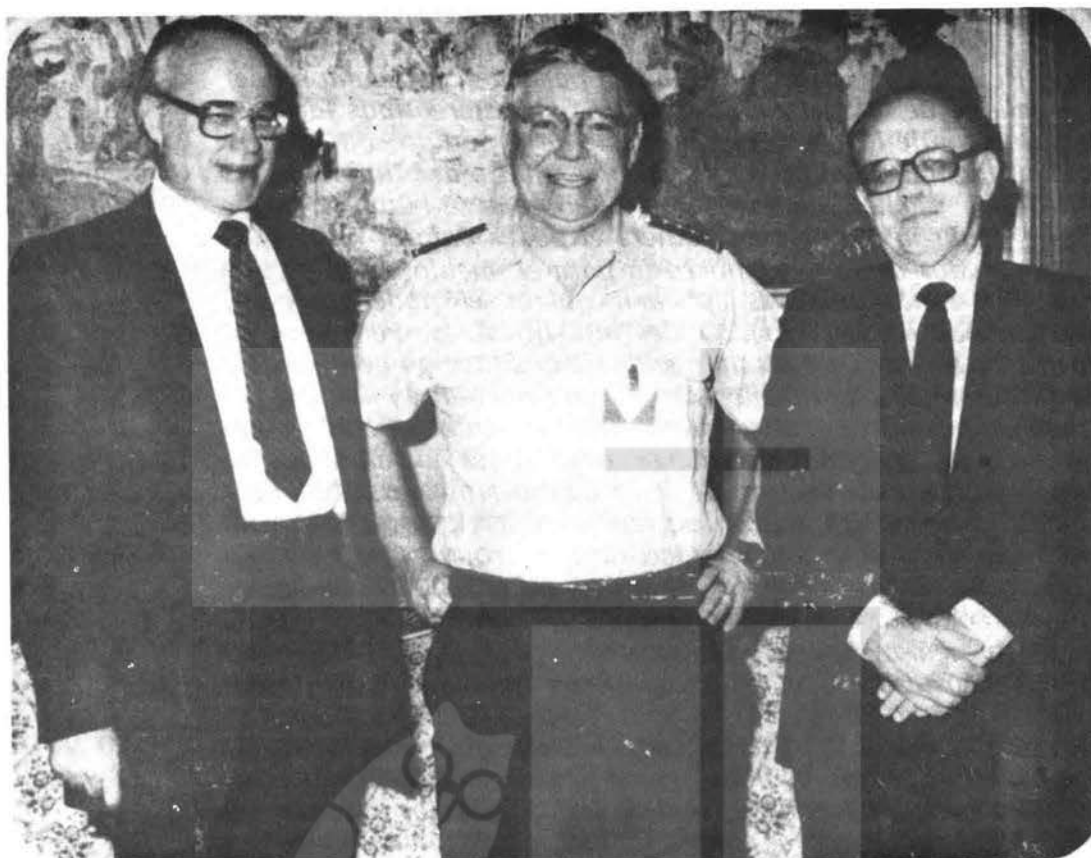
*Desde estos supuestos hay que buscar el modo de superar el intervencionismo norteamericano. Este es un elemento esencial y decisivo para la futura historia de Centroamérica, cuyo proceso podría iniciarse en una sabia reconversión del intervencionismo norteamericano hacia formas nuevas de colaboración y respeto en el caso concreto de El Salvador y de Nicaragua, pero también en los de Honduras y Guatemala, así como en los de Costa Rica y Panamá. Aquí vamos a hacer hincapié en el caso de El Salvador. Para entender bien lo que vamos a decir es importante subrayar que no pretendemos proponer una solución general para el problema global de El Salvador, sino una solución o principio de solución para el problema trascendental, pero limitado de la intervención norteamericana. Para una solu-*

*ción global es preciso que intervengan todas y solas las fuerzas sociales de El Salvador —El Salvador para los salvadoreños—, pero para este paso previo de la solución al intervencionismo norteamericano es preciso que tomen la iniciativa las dos fuerzas que, por distintos motivos y de formas diferentes, están en el primer plano de la intervención: por un lado, el pueblo y el gobierno de Estados Unidos y, por otro lado, el FMLN, porque aunque la guerra del FMLN no es primariamente contra Estados Unidos —y en ese sentido para la solución global se requiere un arreglo con todas las fuerzas sociales de El Salvador—, la guerra propiciada por Estados Unidos y también por otras fuerzas sociales salvadoreñas es primariamente contra el FMLN, pero de tal modo que en la actualidad quien la hegemoniza es Estados Unidos. De ahí que por lo que toca a la intervención, sean Estados Unidos y el FMLN las fuerzas principales, que deben posibilitar la negociación del cese de la intervención. Estados Unidos está interviniendo en razón de que teme una victoria del FMLN y una consolidación del régimen sandinista; está interviniendo porque teme que en Honduras pueda pasar algo similar. Pero si Estados Unidos logra desalojar del poder a los sandinistas y logra derrotar al FMLN habrá confirmado por decenas de años su intervencionismo. De ahí la importancia de que Estados Unidos y el FMLN, en el caso de El Salvador, y Estados Unidos y el gobierno sandinista en el caso de Nicaragua lleguen a un arreglo que convierta la intervención en colaboración respetuosa.*

*Teóricamente las otras fuerzas sociales de El Salvador podrían y deberían hacer respetar su nacionalismo y no permitir el descarado intervencionismo político norteamericano y parar el previsible intervencionismo militar. El Gobierno de Unidad Nacional, nacido del Pacto de Apaneca, la Fuerza Armada, el pueblo organizado en partidos políticos, sindicatos, etc., podrían pedir y exigir a Estados Unidos que sacara sus manos impositivas de El Salvador. Pero no lo harán, como no lo han hecho, porque están bajo el chantaje de la ayuda militar y de la ayuda económica y se escudan en el pretexto ideológico de que hay que elegir entre el intervencionismo norteamericano y el intervencionismo soviético, de los que prefieren el primero al segundo. No se puede esperar, por tanto, que estas fuerzas políticas, especialmente el gobierno de Magaña y la Fuerza Armada de Vides Casanova pidan algo de esto, cuando están pidiendo lo contrario: más ayuda militar, más ayuda económica, más asesores, más presencia directiva de Estados Unidos. Y si alguien, en nombre de un sano nacionalismo, se atreviera a pedirlo de una manera eficaz, sea en el gobierno, sea en la asamblea, sea en la Fuerza Armada, sería desalojado de su pues-*

**Para no perder esta guerra y, desde luego, para poderla ganar, la intervención tiene que seguir aumentando y profundizándose, lo cual en último término lleva a la presencia norteamericana en el campo de batalla.**





*to cuando no asesinado. Desde este realismo desalentador, pero comprobado es desde donde hay que volverse a la otra solución: que el FMLN y Estados Unidos negocien de algún modo el cese de la intervención, lo cual conlleva sin duda el encontrar una solución global al problema de El Salvador, que les sea suficiente a ambos, lo cual implicaría indirectamente que lo fuera también para sus respectivos aliados. Estados Unidos no está dispuesto a ceder en la intervención, si su retirada supone una toma del poder por parte del FMLN; el FMLN podría, en contrapartida a una limitación en la intervención, moderar sus maximalismos y entrar también por el camino de las soluciones políticas y democráticas. Se trata, pues, de un paso previo pero necesario, que probablemente exigiría antes otro paso, un acuerdo de Estados Unidos con la Unión Soviética para no sustituir una intervención por otra.*

*De todos modos, un proceso de acercamiento de la Administración Reagan y del FMLN supondría un avance en la línea de limitar la intervención y en la línea posterior de encontrar con las otras fuerzas nacionales el camino de la solución, la salida de la crisis.*



*Este acercamiento pide por parte de Estados Unidos enfrentar con mayor realismo y también con mayor decencia política y mayor generosidad la situación de El Salvador. La Administración Reagan debe hacer un esfuerzo particular por comprender la realidad de la guerrilla más allá de los estereotipos fáciles y por encima de los graves errores que haya podido cometer, no desautorizándola en principio como conjunto de criminales que obedecen órdenes venidas de fuera, como si se redujeran a ser "una pequeña minoría que quiere el poder para sí y para sus patrocinadores, no la democracia para el pueblo". Puede que sean marxistas-leninistas, pueden querer el poder para sí, pueden haber cometido acciones injustificables. Pero son, en primer lugar, una respuesta nacida de la situación de injusticia secular del país que no encontró modo de actuar en nombre del pueblo oprimido por otro camino menos violento; son, en segundo lugar, una poderosa fuerza social que se ha mantenido en alza a pesar de las decenas de miles de muertos que se han producido entre sus simpatizantes; representan, en tercer lugar, un proyecto socio-político que quiere dar al pueblo lo que al pueblo no se le ha dado tras más de ciento cincuenta años de independencia; son, sobre todo, salvadoreños que quieren hacerse oír y que representan una fuerza, cuya destrucción militar es muy difícil y costosa de lograr, y cuya potencialidad política la demostraron con creces en los años anteriores, cuando la represión no era tan masiva y sistemática. Es evidente que los intereses, propósitos y proyectos políticos del FMLN y de la Administración Reagan son distantes y aun opuestos; pero los intereses del FMLN no tienen apenas capacidad de chocar con los norteamericanos, pues su campo de acción se reduce fundamentalmente a El Salvador. De todos modos, es hora de que Estados Unidos aprenda a tratar con vecinos dignos, que dadas las condiciones de desarrollo en que viven y dada la historia de la que provienen, pueden inclinarse a modelos políticos y económicos que no pueden ser los de Estados Unidos, aunque no por ello tienen que situarse en contra de ellos. La subsumción de este problema regional en el enfrentamiento mundial Este-Oeste, aun teniendo su lógica lleva a graves desfiguraciones, porque ese enfrentamiento no puede mensurarse con criterios universales-abstractos, sino con realidades distintas distintamente conceptuadas.*

*También el FMLN debe hacer un esfuerzo en este acercamiento. No es pensable que el FMLN pueda terminar con el intervencionismo norteamericano por la fuerza de las armas; su probabilidad de triunfo en este plano casi se reduce a cero, a no ser que se dieran circunstancias excepcionales. Por otro lado, no puede desconocer que el intervencionismo norteamericano está en relación con lo que es y lo que se propone hacer el FMLN en El Salvador; es utópico pensar que Estados Unidos va a dejar de intervenir, si tiene la percepción de que el FMLN pretende establecer un Estado totalitario anti-norteamericano a través de la*

**EE.UU. debe cambiar de estrategia en su trato con El Salvador y Nicaragua y con toda Centroamérica. Debe dejar de dar prioridad a la solución militar en favor de la política, debe dejar de imponer soluciones y dejar que los pueblos busquen su propia autodeterminación.**

*lucha armada. El FMLN tiene que facilitar las cosas para que ese intervencionismo tenga cada vez menos pretextos y para ello debe pensar no sólo en lo que son límites intraspasables para la Administración Reagan, sino también en la relación costo-beneficio de su lucha, en el grado de probabilidad de éxito a corto plazo, en la necesidad de alcanzar un amplio respaldo nacional y en las condiciones imprescindibles para un futuro desarrollo económico. El ejemplo de Nicaragua debe tomarse muy en serio para medir qué es lo que se puede hacer, aun después de un triunfo militar, cuando se plantea una política que entra en franca contradicción con los intereses del imperio y que no consigue el apoyo cuantitativo y cualitativo suficiente dentro y fuera de las propias fronteras.*

*En este esfuerzo de acercamiento hay que abandonar, desde luego, mucha retórica revolucionaria, buena para enardecer ánimos jóvenes e idealistas, pero mala para hacer comprender la propia posición a amplias fajas de población sin las cuales no se puede gobernar más que totalitariamente. Pero no se trata sólo de retórica. Parece haber en el FMLN posiciones que se mantienen muy firmemente de manera dogmática e idealista sin haberlas contrastado con la realidad histórica que nos circunda. Así el FMLN tiene que reconocer que no representa a todo el pueblo salvadoreño aunque sean muchos los que se entusiasman con sus propósitos; tiene que aprender a no confundir lo que es un pueblo idealizado con lo que es el conjunto real de los salvadoreños; tiene que aprender a traducir su dilema de "revolución o muerte" en otros dilemas más aceptables para quienes tal vez no quieran la revolución o no la vean factible, pero que, sin embargo, no desean que los revolucionarios mueran; tiene que dejar de lado o, al menos avanzar, respecto de posiciones dogmáticas marxistas-leninistas, que todavía no han sido probadas como efectivas en la realidad salvadoreña y que si se estiman como científicas deben, por lo mismo, estar sometidas a constante progreso de mejoramiento y de acomodación a la realidad. El FMLN tiene también que proponer una política internacional, que no abra el flanco sur de Estados Unidos a una presencia colonialista de la Unión Soviética; tiene que dar garantías de que está decidido a cumplir lo que se haya acordado; tiene que poner lo más clara y concretamente posible cuáles son sus planes económicos, cuáles son sus planes políticos, cuáles son sus proyectos militares; tiene, sobre todo, que estar abierto a una franca cooperación con otras fuerzas sociales del país que no son menos patriotas que ellos y que tampoco buscan menos que ellos la justicia y la libertad para las mayorías populares.*

*Pero dicho esto, y tomado muy en serio, hay que volver a insistir en que Estados Unidos debe cambiar de estrategia o, al menos, inicialmente de táctica en su trato con El Salvador y con Nicaragua y con toda Centroamérica. En definitiva, debe dejar de dar prioridad a la solución militar en favor de la solución política, debe dejar de imponer soluciones y dejar que los pueblos busquen su propia autodeterminación. Hay, por otro lado, un hecho evidente. El FMLN-FDR ha puesto sobre la mesa una propuesta de diálogo sin condiciones previas. Tal vez el FMLN-FDR podría aceptar unas elecciones serias si es que la Administración Reagan está dispuesta a negociar todas aquellas condiciones sin las cuales en ningún país democrático se darían elecciones, porque las de marzo de 1982 no lo fueron, a pesar de la retórica fraudulenta del discurso de Reagan ante el Congreso, y las que se anuncian para este año o para el próximo tampoco lo pueden ser. Y en esto la Administración Reagan no puede descargar su responsabilidad en el gobierno salvadoreño, porque sabe mejor que nadie que el gobierno salvadoreño está haciendo lo que se le "propone" desde Washington. Si Estados Unidos conduce la guerra en El Salvador, puede también conducir la iniciativa de la negociación; sólo si se retirara de El Salvador en lo militar y en lo político, sólo si el gobierno de El Salvador llevara toda la responsabilidad de la guerra y de la política, podría la Administración Reagan pretextar que no tiene nada que ver con las negociaciones, podría el gobierno salvadoreño argumentar que quien tiene que aceptar o denegar las negociaciones es él y nadie más que él. Si se ha hipotecado la soberanía nacional hay que someterse a las consecuencias. Sólo cuando se recupere el ejercicio total de esa soberanía se podrá decir sí o no con libertad.*

*La Administración Reagan tiene miedo a entrar por el camino del diálogo y de la negociación. Esto es tanto más llamativo cuanto que países latinoamericanos democráticos ven en ese camino la mejor posibilidad y tal vez la única de evitar la regionalización de la guerra, que ellos quieren impedir a toda costa. Estos países latinoamericanos buscan una solución latinoamericana para un problema que es, ante todo, latinoamericano. Por eso su propuesta es más racional, justa y ajustada que la propuesta de la Administración Reagan, la cual deliberadamente abandona la perspectiva latinoamericana para sustituirla por la norteamericana en el contexto de la confrontación Este-Oeste. Estos países latinoamericanos, especialmente los signatarios del Grupo de Contadora, tienen menor poder que Estados Unidos y menor capacidad de hacer valer sus razones, pero tienen mucha mayor verdad. Así lo aprecian otras instancias y naciones democráticas como el Consejo de Seguridad, los países del Pacto Andino, la Comunidad Económica Europea, Brasil, España... ¿No debería este apoyo internacional tan cualificado convencer a la Administración Reagan de que su posición militarista es*



*equivocada, que su propuesta de elecciones precipitadas no es razonable? ¿O acaso esas naciones serán también comunistas o tal vez están ciegas para no ver el peligro que pueda correr la seguridad del continente?*

*Sin embargo, no pueden ponerse muchas esperanzas en la Administración Reagan, que está dispuesta a hacer **whatever is necessary** para terminar con los izquierdistas en la zona, para lograr una victoria militar que le asegure a Reagan la reelección, como la victoria de las Malvinas se la aseguró a Margaret Thatcher. Pero sí pueden ponerse esperanzas en el pueblo y en el Congreso de Estados Unidos, que han demostrado mucha mayor sensibilidad respecto de los problemas centroamericanos. Reagan reclama una política bipartidista en el problema de Centroamérica, pero esa unidad sobre su propuesta sería fatal para el pueblo centroamericanos y también, a la larga, para el pueblo norteamericano; si han de tener una política unitaria, tiene que ser sobre bases distintas.*

*También pesa una enorme responsabilidad sobre el gobierno, la Fuerza Armada y los partidos políticos de El Salvador, que debieran tener la dignidad y el coraje de decirle a la Administración Reagan que no dirija nuestra política ni la guerra que se desarrolla dentro de nuestras fronteras. No es disculpa decir que el gobierno está llevando una guerra contra la agresión extranjera y que por eso pide la intervención norteamericana. Esto no es así. La presencia extranjera en la guerrilla es inmensamente menor cuantitativa y cualitativamente de lo que es en el gobierno y en la Fuerza Armada; es absolutamente ridícula la evidencia que se ha podido mostrar después de tres años de guerra sobre la intervención directa de Nicaragua, Cuba o la Unión Soviética. Por otro lado, la intervención norteamericana no ha sido pedida libremente, ha sido impuesta por más disimulos y disfraces que se quieran poner. Algún partido político que la ha sufrido muy directamente lo ha dicho más de una vez con toda claridad.*

*Dada esa responsabilidad frente a la intervención norteamericana que menoscaba nuestra soberanía, dada la responsabilidad que el gobierno y la Fuerza Armada tiene frente a una posible regionalización del conflicto y a una presencia de tropas norteamericanas o simplemente de tropas extranjeras, dada la responsabilidad que también tiene el FMLN al dar pretextos para esa intervención y regionalización, la solución de fondo estaría en un arreglo político entre las distintas fuerzas salvadoreñas. Ese debería ser un mínimo común denominador: ninguna intervención lesiva de la soberanía nacional. Todas las fuerzas nacionales deberían aprestarse a poner por encima de otros valores más discutibles éste de la independencia y de la soberanía nacionales. Suele decirse que la intervención norteamericana ha suavizado la violación de los derechos humanos y que sin ella la confrontación cobraría formas mucho más sanguinarias. El ar-*

*gumento es especioso y en el fondo falso. De todos modos, en lo que puede tener de verdad quedaría ésta asegurada si se negociase el cese paulatino de la intervención. Quizá hoy puede apreciarse mejor la clarividencia de Mons. Romero en su carta al Presidente Carter y la petición de Juan Pablo II para que se ponga fin a la injerencia de fuerzas foráneas en Centroamérica. La negociación de este punto sería buena para el pueblo de Estados Unidos y sería mejor aún para el pueblo centroamericano, si se terminase con la intervención.*

*Junio, 1983*

